

## Doctorado Honoris Causa del Profesor Carlos Cavallé Pinós

Universidad Panamericana, 13 de octubre de 2018

Excelentísimo Señor Rector,  
Estimado claustro académico,  
Señoras y Señores,

El honor que para mí representa recibir un doctorado honoris causa de la Universidad Panamericana, quiero unirlo a un acto de agradecimiento a las autoridades académicas y a todas las personas que componen la universidad, con las que espero compartir de manera todavía más intensa sus afanes y sus trabajos.

El honor que hoy se me concede, despierta una vez más y con viveza, la conciencia del privilegio que representa haber empleado una parte importante mi vida profesional al servicio de la institución universitaria en varios países, y en especial en España, en México y también en otros países de América, África y Asia, como ha manifestado amablemente mi padrino de Doctorado, el Doctor Javier Castañeda.

Y doy muchas gracias a Dios por haber podido hacerlo, porque mi destino, si hubiera seguido el consejo de mis padres (a quienes tanto debo, y a quienes quiero recordar y honrar en este acto), hoy estaría en la carrera diplomática según uno, o como ingeniero en una gran industria, según la otra. Lo cierto es que, apenas comenzado mi desempeño como ingeniero, recibí la invitación de unirme al equipo promotor y fundador del [IESE](#), escuela de dirección de empresas de la [Universidad de Navarra](#). Esta invitación cambió mi vida. Corría el año 1958.

En efecto, a lo largo de los años que siguieron, y en los ambientes y culturas más diversas, he comprobado que la vida universitaria y el mundo empresarial están llenos de retos y de satisfacciones.

Poder ayudar desde la cátedra a jóvenes universitarios, o a empresarios y directivos maduros de todo el mundo, a aprender a prepararse para mejor desempeñar una profesión, es una tarea apasionante. Pero sobre todo (como expuso Ratzinger en Ratisbona<sup>i</sup>) es un privilegio poder ayudarles en la búsqueda y redescubrimiento del sentido de su vida, o considerar cómo darle un nuevo rumbo a su profesión; y desde ella, ayudar a que muchas otras personas puedan alcanzar niveles de bienestar de acuerdo a sus derechos y a sus capacidades.

Dentro de una universidad, una Escuela de Dirección de Empresas abre oportunidades de diálogo con el mundo empresarial. La empresa y la universidad, constituyen los dos pilares necesarios para el progreso de una sociedad dinámica. Así lo reconoce un trabajo de reciente publicación, realizado por profesores de la Universidad de Princeton, titulado "[The Thriving Society](#)"<sup>ii</sup> en el que he podido participar.

Esa publicación, ya desde su misma introducción, expone que una sociedad que respeta la dignidad del individuo y de la familia y se rige por la fuerza de la ley (y no por la ley del más fuerte) se puede considerar que es una sociedad básicamente sana. Pero para que sea dinámica y próspera necesita otros dos pilares que son la universidad y la empresa. La universidad genera y disemina conceptos y técnicas y, con ellos, la empresa añade valor a través de sus servicios.

A partir de este punto haré algunas consideraciones sobre estos dos pilares necesarios para dinamizar una sociedad sana y próspera. Este será el mensaje que hoy quiero transmitirles.

La universidad sigue teniendo el reconocimiento de ser una de las instituciones que con el cumplimiento de su misión, más ha contribuido y puede contribuir al progreso social. Y en particular, las escuelas de dirección, de una forma llamativa, han sabido tender cada vez más y mejores puentes con el mundo empresarial, para compartir información y contribuir a la formación de dirigentes de empresas de todo el mundo. Pero en todo quehacer universitario es sabido que lo importante no es la cantidad o el tamaño sino el grado de excelencia de su docencia y de su investigación, ambas inseparables en una universidad que aspira a dejar huella en la sociedad. Sólo la verdadera y auténtica calidad de las universidades merece la confianza y el apoyo del mundo empresarial. Pienso que por esta razón la Universidad Panamericana y el IPADE, al igual que la Universidad de Navarra y el IESE pueden estar orgullosas de sus logros, así como de sus ambiciosos planes de futuro, conocidos por muchos de los presentes.

Además de la perspectiva histórica, conviene que contemplemos la universidad en el mundo actual y veamos qué otros aspectos, además de la excelencia, merecen una atención prioritaria, si queremos fortalecer sus esencias.

Es conocido el gran impacto que, en el campo filosófico y teológico, han tenido dos grandes pensadores del siglo XX, los Papas Wojtyla y Ratzinger. Dos ideas básicas, fueron motivo de su atención y de sus agendas de trabajo: la secularización acelerada del mundo, que Wojtyla, en el caso de Europa, equipara a una apostasía silenciosa, (Ecclesia en Europa<sup>iii</sup>) y el relativismo moral que Ratzinger califica como uno de los grandes retos con manifestaciones en el mundo intelectual y científico, así como en la concepción de la ética. Le cito "Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja sólo como medida última al propio yo y sus apetencias". Pasado ya un tiempo podemos preguntarnos si estos dos factores están teniendo un impacto significativo en el mundo universitario.

En algunos países avanzados se suele oír la pregunta de si la universidad actual va a la deriva, sin rumbo, y con falta de valores. Las respuestas no son unánimes, pero se detectan señales de inquietud. Una de ellas es que la secularización de la sociedad y el relativismo moral antes mencionados comportan en muchos profesores y alumnos

un déficit de valores fundamentales que conforman las conductas, y que llevan a considerar los valores éticos simplemente como una preferencia personal.

Como plantea Carlos Llano, fundador del IPADE y la Universidad Panamericana: *“Esta sociedad permisiva lo reduce todo a una pregunta, hoy hartamente popularizada: “¿qué tiene de malo?” (...). Es el efecto de una sociedad en la que, privada de un concepto orientado del hombre, prevalece la ley como mero contrato social, como simple acuerdo o convención entre los hombres... que pueden acordar lo contrario.”* (Carlos Llano Cifuentes. Los fantasmas de la sociedad contemporánea. México: Trillas, 1995, pp. 14-15)

Sabemos que esto, gracias a Dios, no ocurre en la Universidad Panamericana, pero ni América ni Europa están libres de los riesgos ligados a este cambio social. En el IESE, con varios miles de alumnos que pasan anualmente por sus aulas, procedentes de los cinco continentes, comprobamos todos los días el creciente impacto de la secularización y del relativismo moral, así como su traducción en las formas de vida, y en sus juicios en las decisiones empresariales o en las actividades familiares y sociales. Me ahorro los ejemplos porque me consta que están en la mente de todos.

Entre las nuevas situaciones que esos factores comportan quiero referirme a uno que puede afectar la vida universitaria. Existen ya serios indicios que justifican que lo mencione en estas breves palabras. Se trata de la progresiva pérdida de la libertad de expresión no sólo en las aulas sino en los recintos universitarios. A profesores y alumnos con frecuencia se les impide plantear en público temas que se han venido en calificar de “políticamente no correctos”. Lo he podido comprobar en algunas de las conocidas universidades de los Estados Unidos y de España. Y he sido testigo de cómo destacados profesores de universidades como Harvard y Princeton, conscientes de la gravedad de este problema, están movilizando recursos para recuperar la libertad de expresión imprescindible para el progreso del quehacer universitario tanto en la docencia como en la investigación, y en los actos institucionales, tanto de gobierno como de actividades culturales. El tema es muy grave y hay que reaccionar.

Las razones por las que la libertad de expresión no es plena en muchas universidades, no dejan de ser pintorescas. Intentaré explicarlo. Entre los valores actuales de convivencia social, va ganando peso la tolerancia.

Una sociedad moderna, plural y cambiante, se dice, debe estar abierta a todas las elecciones ideológicas, de comportamiento y éticas, dejando a las leyes vigentes y a las costumbres sociales el juicio de lo que está bien y lo que está mal.

Pero la pregunta es ¿cómo se puede desde la tolerancia cercenar la libertad de expresión? Es un contrasentido que ya tiene su nombre: se llama la paradoja de la tolerancia. [Margaret Somerville](#) en su reciente libro *Bird on an Ethics Wire*<sup>v</sup> afirma que esta paradoja se puede atribuir al uso frecuente de la etiqueta de lo que no es “políticamente correcto” con la que grupos de opinión califican ciertos temas que

han generado amplia controversia social y legal. Entre ellos destacan los relacionados con el derecho a la vida y a las ideologías de género.

Algunos promotores de la tolerancia exigen que se acepte su forma de juzgar sobre lo que no es “políticamente correcto”. Se basan en la legalización y judicialización de esos temas, que se traducen con frecuencia en represalias y descalificaciones para ejercer una profesión, a veces acompañadas de violencia verbal y física, incluso dentro de las aulas.

Nada de esto es propio de la virtud de la tolerancia ni del sentir y del hacer verdaderamente universitario. Y sin embargo está ocurriendo en el mismísimo mundo universitario.

Volvamos a las antes citadas Harvard y Princeton cuyos casos he seguido más de cerca. ¿Cómo han reaccionado estas universidades ante la pérdida de la libertad de expresión? Grupos de profesores senior han firmado un manifiesto en el que reclaman el derecho de todo profesor o alumno a poder expresar sus ideas con libertad, respetando siempre la libertad de los demás en un diálogo abierto y racional. Los firmantes del manifiesto no pretenden imponerlo, sino proponerlo para que las autoridades académicas lo tengan en cuenta en todas las actividades de la universidad, y garanticen la libertad de expresión.

Pero no se trata de algo que afecta solo al mundo universitario. También el público y la sociedad en general, necesitan que todos, dentro y fuera de la universidad, puedan manifestarse con libertad sobre cualquier problema, y trabajen para restablecer el clima de apertura, confianza y respeto en todo diálogo intelectual, condición indispensable para estudiar los problemas y tratar de resolverlos, cualquiera que sea su naturaleza.

Estas universidades, actualmente líderes intelectuales, están mostrando un camino que no será ni rápido ni fácil, pero lo siguen porque son conscientes de que la libertad de expresión es condición necesaria en la docencia y en la investigación, así como en cualquier otro quehacer universitario.

El verdadero universitario, requiere la libertad de plantear, siempre con respeto, todas las preguntas que considere convenientes. Con este sencillo esquema, la ciencia ha progresado, la sociedad ha progresado, y de grandes males han podido sacar grandes bienes.

Pero no basta con querer dialogar con apertura y respeto. Hay que aprender a hacerlo. En un mundo de rápidos cambios sociales y tecnológicos y a través de las redes sociales, las personas alcanzan pronto sus conclusiones y adoptan sus posturas. Hace falta saber crear un clima de confianza y de apertura para que el diálogo empiece por querer entender los problemas del otro, respetándole como persona y sabiendo que el enriquecimiento intelectual empieza por entender lo que el

otro tiene que decir. Es parecido a lo que solemos hacer al leer un libro (cuyo autor no está presente): queremos entenderlo antes de poder juzgarlo. Es un tema en el que los universitarios tendremos que luchar mucho y bien.

Así lo señalaba con claridad San Josemaría Escrivá de Balaguer: *“La Universidad (...) no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. (...) La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico.”* Josémaría Escrivá de Balaguer y la Universidad. Madrid: EUNSA, 1993, pp. 106-10

Me he comprometido a decir algo del segundo pilar para dinamizar una sociedad: la empresa, a la que muchos hemos dedicado una buena parte de nuestra vida.

La empresa es una institución tan extraordinaria que a un extraño le parecería poco probable que la hubieran inventado los seres humanos. Se trata de una de las instituciones más sociales del mundo.

En efecto, para lograr sus objetivos, el empresario se sacrifica, lucha, pasa momentos buenos y malos, quizás con sacrificios familiares ocasionales importantes. Además, reúne un grupo de empleados y colaboradores, hombres y mujeres de diversas edades, intereses, formación, nacionalidad, etc. a los que motiva a trabajar bien y conjuntamente para conseguir objetivos comunes compatibles con sus intereses individuales.

Por estas otras razones se dice que la empresa, cuando es competitiva, productiva, rentable y viable, como debe ser toda empresa, es decir, cuando la empresa está bien organizada, es la mejor institución que mejor puede contribuir al desarrollo económico y social de cada país del mundo.

La empresa, con todas sus sobresalientes cualidades está expuesta a errores y quebrantos. Cuando esto ocurre, mucha gente sufre, especialmente los menos dotados. ¿Cuáles pueden ser las causas? El Comité del Congreso de los Estados Unidos, al analizar las causas de la gran crisis iniciada el año 2007<sup>v</sup> que redujo la riqueza mundial en un 50% y dejó en el paro a 50 millones de trabajadores en el mundo, llegó a las siguientes conclusiones: 1) La crisis se podía haber evitado; y 2) las principales causas de la crisis hay que encontrarlas en las conductas de las personas responsables, más que en las infraestructuras o en las leyes. Y había detectado tres graves conductas entre las organizaciones y empresas más importantes: negligencia, codicia y mentira, exponentes de la debilidad humana. Cada uno de los presentes puede sacar sus conclusiones. Sin entrar en más detalles, voy a concluir mi presentación.

Al hacerlo, me permito sugerir que ni las catástrofes previstas o no, ni disponer o no de recursos naturales, son los motivos principales de los desastres sociales o económicos de un país. Los mejores recursos de un país son sus personas, y las peores catástrofes provienen de personas en puestos de responsabilidad y poder que no actúan de acuerdo con un conjunto de valores con los que se trabaja en las buenas universidades y de los que se practican en las buenas empresas. Por tanto, mi mensaje debe ser que en el mundo universitario y en el de la empresa tenemos el deber de reaccionar con racionalidad, fortaleza y prontitud si queremos contribuir a preservar los valores de las dos instituciones que tienen el papel más importante para el progreso y prosperidad de toda sociedad.

Concluyo dando muchas gracias a Dios que en 1958 fuera invitado a unirme al grupo fundador del [IESE](#), para desde allí poder contribuir a través de la universidad y de la empresa a la formación de personas competentes y responsables, capaces de contribuir al progreso y la prosperidad de la sociedad.

Muchas gracias a las autoridades académicas por la distinción otorgada y a todos por su atención.

---

<sup>i</sup> Discurso de Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona, 2006

<sup>ii</sup> The Thriving Society, Ed. James Stoner Jr and Harold James

<sup>iii</sup> Ecclesia in Europa, Juan Pablo II, junio 2003

<sup>iv</sup> Bird on an Ethics Wire, Margaret Somerville, 2015

<sup>v</sup> The Financial Crisis Inquiry Report: Final Report of the National Commission on the Causes of the Financial and Economic Crisis in the United States 2011